

**LA HUELLA PERENNE DE
CARLOS ARTURO TRUQUE**

Carlos Orlando Pardo

Por los años setenta del siglo pasado, quienes empezábamos a publicar nuestros primeros cuentos teníamos sed por conocer a quienes lo hacían en Colombia y no fue difícil tropezarnos con las referencias a Carlos Arturo Truque. La primera la tuvimos mi hermano Jorge Eliécer y yo a través de Roberto Ruiz conversando con admiración por su trabajo y su militancia en las filas de la rebeldía. Nosotros veníamos de la discriminación política en el Líbano y nos gustaba que existiera un cuentista encarnando lo que deseábamos ser por aquel entonces. Leímos sus primeros relatos que aún despiertan emociones y cuando por las noticias nos enteramos que había muerto tan joven, tan sólo unos 42 años, una honda tristeza, de las que tanto tuvimos años después, se quedó instalada en la mesa de conversación en el café y en el calor de la memoria.

Al aparecer su libro en la colección de literatura colombiana que hiciera el poeta Jorge Rojas y adquiríamos a tres pesos en cualquier esquina, la ocasión no ya de leerlo aislado sino en un solo volumen, por pequeño que se enjuiciara, nos dejó verlo más de cuerpo entero. Desde entonces Carlos Arturo Truque ha permanecido entre nuestras devociones y fue acrecentándose el conocimiento sobre su vida y obra con los análisis de admira-

dos amigos y maestros como Germán Vargas Cantillo y Eduardo Pachón Padilla, cuyos juicios sobre el relato en el país siempre fueron certeros. Después tuvimos la fortuna de la estrecha amistad con la excelente escritora Sonia Truque, una de sus tres hijas y el fresco sobre el desaparecido autor del Chocó nos quedó más cabal, pero los detalles finales pudimos saborearlos con la salida de sus Cuentos Completos cumplida por el Ministerio de Cultura en el 2010.

Rumbo a cumplir más de cuatro décadas de su partida, el nombre y la obra de este autor luminoso sigue siendo una referencia obligada para quienes quieran conocer de verdad el desarrollo del género en Colombia. No se trató de un escritor que buscara la celebridad ni convertirse en una pequeña vedette de las que tanto vemos desfilar por los periódicos y los cocteles, sino de alguien auténtico, sin falsas poses ni afectaciones en lo que hacía ni lo que escribía. Por eso logró hacerse a un estilo que es fácil de identificar tanto en su temática como en la forma de abordarla. Toda la intensidad del drama de vivir en medio de las dificultades y la injusticia, trátase del llano o la montaña, mírese desde la interioridad de sus personajes, conducido por la sencillez y las palabras que no tienen máscara, instalan para siempre una impresión inolvidable alrededor de sus relatos.

La forma en que van conduciéndose sus diálogos concisos y breves, lejos de aquella retórica falsamente poética de aquellos años, el mundo que va logrando crear y la atmósfera que queda en el lector después de leerlo, jamás nos deja indiferentes. Algo ha cambiado en nosotros y aquí está parte de la magia de un seductor literario que logra maestría.

Precisamente por hallar tantas cualidades en su prosa que han sido para hoy motivo de estudio en no pocas partes del mundo y aquí en el país lo ha hecho con tanta propiedad el escritor y crítico Fabio Martínez, no puede uno menos que recomendar su difusión. Recuerdo que en mis tiempos de maestro leía a los estudiantes cuentos de Truque y daban lugar a discusiones mostrando el impacto y causando reflexión en los muchachos. Lo que se entendía claramente era cómo, si bien es cierto nos refería un mundo que conocíamos o si no intuíamos a nuestro alrededor, se trataba de

un autor que nos mostraba las diversas caras de la realidad social y política de una comunidad o de unos personajes y se iba a bucear en sus pensamientos y delirios, sus angustias y sus inquietudes frente a la desmesura de la injusticia y el desequilibrio. En cualquier lugar que se desarrollaran sus historias era la condición humana lo que primaba porque al fin y al cabo es la esencia de la literatura. Y para ello no se requería estar clasificado didácticamente en lo que llamaron en un época el realismo o la narrativa de la violencia, por ejemplo, sino la forma en que iba conduciendo sus textos con economía de lenguaje, con precisión en el señalamiento, con brevedad de relámpago pero sonoros como un trueno. Era en esencia la gran literatura.

Me cuenta Jackie, mi esposa, profesora de literatura en secundaria, que ha leído con sus alumnos algunos de los cuentos de Carlos Arturo Truque y para los días que corren el impacto sigue siendo importante. Lo que significa de manera simple que estamos frente a un clásico del género, a uno que corre parejo con el tiempo y queda en la memoria.

Ya se olvidaron los diversos concursos que ganó, su vida trashumante y hasta sus ejemplarizantes textos periodísticos y el ensayo sobre el cuento en Colombia que tanto nos enseñó en su momento, pero no su obra que sigue caminando a pesar de la indiferencia editorial y la falta de comentarios que equilibren la balanza sobre su trascendencia. De allí que la edición homenaje que cumpliera el Ministerio de Cultura y la tarea que sigue desarrollándose para no dejar en la indiferencia su labor creativa, sea digna de encomio. Nosotros, entre tanto, seguiremos con su nombre en los labios pronunciándolo con sentido orgullo.